

INTRODUCCIÓN

Reír en la era de Trump

(Donde, mirando los late shows de la televisión norteamericana, se toma conciencia de la naturaleza del campo de batalla que abarca la idea de indignación)

El ambiente estaba sobreexcitado en el interior del Ed Sullivan Theater. Como todas las noches, el grupo Stay Human, dirigido por el pianista y cantante Jon Batiste, había calentado al público reunido en los dos pisos del gran teatro neoyorquino, en espera de la entrada en escena del presentador de televisión que iba a ser filmado: Stephen Colbert. Desde hace dos años, este había reemplazado a una de las mayores leyendas de la televisión norteamericana, David Letterman, que había presentado el *Late Show with David Letterman* para CBS durante veintidós años, cada día, poco antes de que toque la medianoche, ante una audiencia promedio de alrededor de tres millones de espectadores. Colbert, un hombre delgado y elegante de unos cincuenta años, se había vuelto famoso como presentador de *The Colbert Report*, en Comedy Central, donde había encarnado a una suerte de caricatura de todo lo que sus fans detestaban: el comentarista de actualidades televisadas neoconservador, tan arrogante como malvado. El éxito de su programa había llevado a la dirección de la CBS a proponerle la responsabilidad del *Late Show* una vez expirado el contrato de Letterman; en consecuencia, el 8 de septiembre de 2015 Colbert apareció por primera vez en la escena del teatro, llevando consigo, además de

la casi totalidad del equipo de su programa precedente, al público que el canal quería alcanzar. Ese público, constituido ante todo por estudiantes y hombres entre 18 y 34 años, de opiniones políticas “liberales”, de un modo de vida más bien urbano y de recursos sociales y culturales importantes, que adoraba el humor cáustico del presentador, y su manera de tomarle el pelo a los cabrones, sobre todo si formaban parte del *establishment* republicano. La elección a la presidencia de los Estados Unidos del *outsider* Donald Trump, el 20 de enero de 2017, por obra y gracia de una distribución electoral favorable a los conservadores, constituyó una verdadera bendición: de pronto, las peores pesadillas, pero también los rasgos más grotescos, encarnados por los republicanos, habían encontrado su cara, el *punching ball* perfecto. Colbert lo había comprendido muy pronto: cuando invitó a Trump, entonces un simple candidato a la elección presidencial, a participar en su programa, el 22 de septiembre de 2015, le dijo incluso de frente: “Quiero agradecerle, no solo por estar aquí, sino por ser candidato a la presidencia. No voy a decir que el programa se escribe solo, pero usted suministra el material adecuado todos los días”¹.

Sin embargo, la noche del 11 de mayo de 2017, cuando Colbert apareció corriendo ante las cámaras del estudio, desencadenando la ovación que lo recibía todas las noches, la excitación que se leía en su rostro superaba lo habitual: esta vez, Trump le había hecho el regalo más extraordinario que un presentador satírico podía recibir: lo había colmado de injurias en la prensa. En el curso de una entrevista dada a la revista *Time*, el presidente se había lanzado en una de sus largas tiradas incoherentes cuyo secreto

1. “Donald Trump Has Nothing to Apologize for”, *The Late Show with Stephen Colbert*, CBS, 22 de septiembre de 2015.

posee, agarrándose con aquel a quien él calificaba de “tipo sin talento”, incapaz de hacer una verdadera broma, y que se pasaba el tiempo diciendo porquerías.

Tomen a un tipo sin talento como Colbert —dijo Trump a la periodista—. No hay nada gracioso en lo que cuenta. Y lo que cuenta es asqueroso. Y los niños miran. Y eso no hace más que reforzar mi base. La gente como él no hacen más que ayudarme. El tipo estaba a punto de reventar. De hecho, iban a eyectarlo de la tele, pero empezó a atacarme y de pronto la cosa anduvo mejor. Pero su programa estaba a punto de reventar. Yo fui a su programa... Pero cuando estuve en su programa, que por otra parte tuvo un rating muy alto, el más alto. El rating más alto que tuvo nunca.²

Para el presentador del *Late Show* era miel en sus labios: después de haber leído, imitando la voz y la dicción extraña de Trump, los comentarios que este había sostenido en *Time* y suscitado los aplausos y la hilaridad del público, Colbert, con una inmensa sonrisa en la cara, se volvió hacia las cámaras e inició su tirada fogosa con un deleite malvado:

El presidente de los Estados Unidos de América la emprendió personalmente conmigo y mi programa —comenzó—. Y no hay más que una sola cosa que pueda decir: ¡jajajajajajajaaa! ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo amo! Sr. Trump, hay muchas cosas que usted no comprende. Pero no pensaba que una de esas cosas fuera el *show business*. ¿Nunca entendió que hace un año que intento lo imposible para que diga mi nombre? Y usted se contuvo. Se contuvo admirablemente. Pero ahora lo hizo: ¡gané! [...] Y también es cierto

2. Zeke J. Miller y Michael Scherer, “President Trump Attacks ‘Lunatic’, ‘No-Talent’, ‘Dumbest Person’ on TV”, *Time*, 11 de mayo de 2017.

que hacer bromas sobre usted fue excelente para la audiencia. Es como si la mayoría de los norteamericanos no lo quisieran como presidente.³

El público reía, aullaba y aplaudía el monólogo del presentador como raramente lo había hecho; un sentimiento evidente de comunión saturaba la atmósfera de la sala, bañando al equipo y al público con un mismo movimiento, que mezclaba la alegría de ver cómo Trump se ridiculizaba una vez más y la de sentir que no formaban parte de las palomas que se habían dejado farolear por él. Por último, Colbert asestó el golpe final: “Como todo mi éxito está claramente basado en el hecho de hablar de usted, si realmente quiere hacerme caer, hay una manera sencilla: dimita”. Luego, adoptando una actitud falsamente conciliadora, y ampliando todavía más su sonrisa, se quedó frente a la cámara mientras el teatro volvía a explotar. Obtener el máximo del regalo que Trump le había ofrecido al humorista era algo que ni él ni sus redactores habían querido dejar pasar; se habían superado en la escritura de su monólogo, suscitando la reacción del público que ellos soñaban y provocando, a partir de la siguiente mañana, los grandes titulares de la prensa nacional. Por supuesto, como de costumbre, las repercusiones mediáticas y los comentarios que los internautas propusieron de eso se repartieron según los campos políticos en presencia, contentándose la *intelligentsia* liberal con relatar el acontecimiento tratando de disimular su propio júbilo, mientras que la prensa sometida a los republicanos multiplicó las señales de desprecio. En ambos casos, Colbert podía fro-tarse las manos: como lo había dicho Trump, y como él mismo lo había reconocido explícitamente, burlarse del

3. “Stephen Reacts to Donald Trump Calling Him ‘A No-Talent Guy’”, *The Late Show with Stephen Colbert*, CBS, 11 de mayo de 2017.

presidente —que por su parte intentaba atacarlo— era la mejor cosa que pudiera ocurrirle a su programa, cuyos puntajes, tanto en directo como en Internet, volvieron a saltar. Con el correr del tiempo la cosa se convirtió incluso en una suerte de *running gag*: a intervalos regulares, el presentador, en el curso de su monólogo o durante una entrevista con un invitado, soltaba una frasecita sobre el hecho de que, gracias a Trump, su programa se escribía solo, que la realidad superaba la ficción, o que ser satírico en adelante casi no tenía sentido. Cada una de esas salidas era inmediatamente recibida con gula por el público (o por el invitado en cuestión), como si se tratara de una suerte de verdad irrecusable, la verdad según la cual el mundo en su totalidad había adoptado la forma de una inmensa *joke*, cuyo corazón era la Casa Blanca, su ocupante principal y su administración. Con Trump se había abierto la era de la Gran Broma republicana.

El episodio del *Late Show* fue visto por alrededor de tres millones doscientos mil espectadores, que confirman el dominio de Colbert y de CBS sobre los otros *late shows*, que se había afirmado desde el comienzo de la temporada, en detrimento del canal competidor NBC y del *Tonight Show* presentado por Jimmy Fallon, que sin embargo había copado el primer lugar de las clasificaciones durante años. Pero sobre todo, su audiencia en Internet se acercó a las diez millones de vistas, lo que lo convirtió en uno de las cápsulas YouTube más populares de la historia del programa, dando testimonio de que una parte de aquellos que aprecian las bromas de Colbert, y un poco menos las de Trump, no miran la televisión, o incluso no viven en los Estados Unidos. En todo caso, era la prueba de que la alegría que había manifestado esa noche el presentador era merecida: en efecto, Colbert había “ganado” gracias a Trump y frente a Trump; no solo había llevado al presidente a hablar

de él sino, al hablar de él, lo había ayudado a alzarse a la cima del rating, tanto en los Estados Unidos como en otras partes. La importancia de este movimiento tampoco se le escapó a los medios internacionales, que consagraron numerosos artículos a comentar lo que sin embargo podía parecer exótico a lectores que no estuvieran acostumbrados a los *late shows* norteamericanos; pero que pudieran hacerlo probablemente significaba que los programas en cuestión se habían convertido en un fenómeno global. En todas partes donde la aversión suscitada por la figura de Trump se había extendido, también se había extendido la necesidad de encontrar una manera de “ganarle”, de vengarse de la victoria que él había logrado, y que marcaba el triunfo de valores y actitudes que los “liberales” de todo tipo y de todas las naciones odiaban. Al seguir los *late shows*, y en particular el de Colbert, el público de todo el mundo podía a la vez aullar de rabia al descubrir la última imbecilidad o la última monstruosidad inventada por el presidente de los Estados Unidos y gozar de los comentarios mordaces que el equipo de redactores del *Late Show* había preparado para la estrella del programa. Leer los diarios o mirar los canales de información ya ni siquiera era necesario: al conectarse a YouTube para visionar los clips del último episodio era posible mantenerse al tanto de los hechos al tiempo que uno se beneficiaba inmediatamente con una puesta en perspectiva que evocaba por qué estos incumbían al registro principal de la presidencia Trump: el del escándalo.

En adelante, para muchos espectadores, mirar *The Late Show* o cualquier otro programa de la misma naturaleza, como *Last Week Tonight with John Oliver* en HBO, *Late Night with Seth Meyers* en NBC o *The Daily Show with Trevor Noah* en Comedy Central, representa una suerte de exorcismo que también equivale a una afirmación de sí mismo.

Mientras uno se ríe a carcajadas cuando escucha la última *punchline* cincelada de un presentador de televisión, una identificación se opera por el doble medio de la adhesión a las ideas vehiculadas por el espectáculo y del placer que uno siente en formar parte de una comunidad que *comprende* el mundo de tal manera que uno puede divertirse con ella. Hay un goce de la connivencia frente al escándalo, y es eso lo que los presentadores satíricos norteamericanos ofrecen a su público de trasnochadores liberales como a todos aquellos que experimentan una afinidad con ellos; es ese goce lo que los *late shows* convirtieron en la más eficaz de las manufacturas, a una escala que excede de lejos la de los Estados Unidos. Por otra parte, semejante éxito internacional es tanto más comprensible cuanto que allí donde aquellos que llevaron a Trump a la presidencia del país se preocupan ante todo de la posibilidad de un retorno a lo que les atañe más de cerca, sus adversarios pretenden ser conscientes del hecho de que no existe ya un privilegio concedido a lo local que no se pague de inmediato a escala global. La llegada al poder de Trump es un acontecimiento que afecta el rumbo de todo el mundo, la vida de toda la población de la Tierra, ya sea por el sesgo de medidas o acciones diplomáticas adoptadas por el presidente, ya por aquel de la cohorte de sus imitadores que se presentan a las elecciones en una cantidad creciente de países, en Europa y en otras partes. El escándalo encarnado por el hombre con el tupé naranja constituye la metonimia del escándalo encarnado por la transformación de la escena política mundial, una transformación marcada, a los ojos de muchos, por la pérdida de velocidad de los valores liberales en provecho de otros, calificados por las bellas almas de “populistas”. Al burlarse de este escándalo, los que se ríen afirman por lo tanto su distancia frente al rumbo que toma el mundo, al mismo tiempo que una

suerte de sentimiento de supremacía intelectual respecto de aquellos de quienes se burlan, sentimiento compartido por quienes, como ellos, por nada del mundo se perderían un episodio del programa de Colbert. En otras palabras, lo que caracteriza al espectador de *late shows* es el goce de *ser parte*, de formar parte del campo de los buenos, contra el de los malos.

El éxito internacional creciente de este tipo de programas no dejó de provocar reacciones contrastadas por parte de toda una serie de comentaristas, y no solo de aquellos para quienes burlarse de la pera de Trump constituía un insulto personal porque habían votado por él o compartían su visión del mundo y de la política. Por el contrario, fue por el lado de ciertos pensadores —de quienes se habría podido creer, a primera vista, que debían compartir los valores de democracia y de igualdad que subyacían a los discursos de los humoristas de la televisión— por el que se manifestaron las críticas más virulentas, permitiendo adivinar que tal vez había un problema detrás del triunfo de la connivencia por la risa. El 16 de enero de 2017, invitado por BBC News a dar su punto de vista sobre la actualidad de las luchas de la izquierda, el filósofo esloveno Slavoj Žižek, que había producido un escándalo durante la campaña electoral norteamericana al declarar que, de haber sido ciudadano de los Estados Unidos, habría votado por Trump, se lanzó en una carga violenta contra algunos presentadores de *late shows*.⁴ Citando a John Oliver y Jon Stewart (el predecesor de Trevor Noah en la presentación del *Daily Show*), les atribuyó una responsabilidad en el ascenso al poder del candidato republicano, y sobre todo, en el fracaso de la izquierda norteamericana en medir la naturaleza y la amplitud de las dificultades a las que los

4. “Slavoj Žižek on Trump and Brexit”, BBC News, 17 de enero de 2017.

ciudadanos habían respondido por su elección. A la manera de ver de Žižek, el monopolio del comentario político que los humoristas se habían atribuido, con el concurso de millones de espectadores, no había hecho más que profundizar la fractura revelada por el éxito sorpresa de Trump al confirmar la idea de que ser “liberal”, en el siglo xx, significaba formar parte de una clase de privilegiados que pueden mirar a los otros desde arriba. Esa altura, por supuesto, es la de la risa frente al escándalo de la vulgaridad y de la necesidad, y de la connivencia en el goce de lo que significa esa risa, para quienes se ríen, y hasta qué punto su sofisticación los diferencia de los vulgares y los necios, grupo que incluye, con el presidente, a todos aquellos que le testimonian su simpatía. Muy lejos de no constituir más que una diversión más o menos inocente, el *binge-watching* de un programa como *The Late Show with Stephen Colbert* es un gesto político cuyo efecto principal consiste en confirmar lo que los electores de Trump ya saben: que la supuesta “elite” liberal no es otra cosa que una banda de pedantes autosatisfechos.

La crítica era severa, pero por lo menos tenía el mérito de subrayar lo que habría debido ser una evidencia: en materia de escándalo y de indignación, como en tantas otras, el goce a menudo acarrea consecuencias que exceden en mucho los límites de lo que algunos querrían ver confinar en el campo de la racionalidad. Allí donde la mayoría de los especialistas del análisis político siguen considerando que la elección de un jefe de Estado (o cualquier otra preferencia que implique a un individuo más allá de su propia persona) es explicable en función de criterios racionales, Žižek recordaba que el asunto es ante todo libidinal, ligado a la estructura tortuosa del deseo. Al gozar de la latitud que les confiere su sentimiento de poseer las respuestas adecuadas a las cuestiones del mundo, los espectadores

(y los presentadores) de los *late shows*, por lo tanto, realizan lo contrario de lo que creen realizar: vuelven todavía más inextricable el problema cuya solución racional creen conocer. Hasta es posible ir más lejos: *es la afirmación del hecho de que hay respuestas racionales posibles a los problemas de la política lo que está en la fuente de esos problemas*; es la negación, mediante la risa paternalista, de la dimensión deseante, gozante, libidinal de la vida política lo que hace de la denuncia satírica del escándalo el verdadero escándalo. Porque si Trump llegó a la Casa Blanca, fue porque alguien lo había deseado; pero lo que ese alguien había deseado no era por fuerza que Trump llegara a la Casa Blanca; resulta justamente que el alguien de marras no había tenido otro medio de manifestar su deseo más que ese gesto, ya fuera consciente o no. Al despreciar ese deseo, o peor, al pretender “comprenderlo”, por consiguiente, todos aquellos que habían denunciado la elección del candidato republicano a la presidencia suministraron la prueba de que sus electores habían tenido razón de votar por él, puesto que el problema al que estos últimos se veían enfrentados era precisamente el del desprecio liberal frente a su deseo. Ese desprecio, que los *late shows* no hicieron más que avivar, es tanto más grave cuanto que descansa en la represión, la *forclusión* deliberada del hecho de que las ideas, los valores, la racionalidad que creen compartir los espectadores no son más racionales, más decisivas, que aquellas ostentadas por sus adversarios, convertidos desde entonces en enemigos. Al escándalo de la necedad responde la necedad que hay en escandalizarse de la necedad.

La aparición televisiva de Žižek no fue acogida con deleite por aquellos a quienes estaba destinada; para muchos se trataba incluso de la gota de agua que colmaba el vaso que el filósofo había llenado poco a poco con sus observaciones relativas a la ambigüedad de cierto feminismo

contemporáneo o a la autoceguera de la izquierda respecto de la cuestión de los migrantes. En adelante, era manifiesto que Žižek ya no era *uno de los suyos*, incluso si durante varias décadas su trabajo le había valido innumerables invitaciones a las facultades de *humanities* más radicales, sus libros llenaban las bibliotecas de los militantes más críticos y sus intervenciones eran publicadas por los más grandes medios internacionales. De la noche a la mañana, las invitaciones cesaron, los fans de la primera hora renegaron de su pasión pasada y el *Guardian* o el *New York Times*, antaño encantados de recibir las crónicas de aquel a quien *The Nation* había otorgado el título de pensador “más peligroso de Occidente”, le cerraron sus columnas: había escogido el campo malo. A todas luces, semejante contragolpe significaba que Žižek había tocado una zona sensible: al subrayar hasta qué punto la risa burlona satisfecha no es más que una forma entre otras de aquello de lo que este pretende distanciarse, el mascarón de proa ahora caído de la “teoría crítica” también mostró hasta qué punto la lógica en la cual descansa esa risa burlona es frágil. Esta pretende oponer a la necedad agresiva de los electores de Trump (y del mismo Trump) la razón segura de sus medios de *los que saben*, mientras que la afirmación arrogante de esa seguridad constituye la prueba por excelencia de que los individuos que se jactan de ello no saben nada o, en todo caso, no más que los otros. Lo que Žižek denunciaba cuando vituperaba contra los presentadores de los *late shows*, por lo tanto, no era que estos desempeñan su papel de cómicos, sino que este último los lleve a ocupar el lugar que, en un mundo un poco mejor hecho, habría debido corresponder al esfuerzo de pensamiento, y por lo tanto a una forma de no adherencia con relación a su propio campo. Desde siempre, la risa nunca sirvió sino para reforzar los lazos que unen a la comunidad de los que se ríen, y en este

punto, los muy sofisticados miembros de la elite liberal se conducen de una manera perfectamente idéntica a la de sus supuestos adversarios: por informada que se presente, se trata en verdad de una risa que pretende ser *contraria*, de una risa que polariza.

De hecho, la historia reciente del debate público, ya sea que concierna a los editorialistas de los grandes periódicos de información o a los internautas que comentan las publicaciones de sus amigos de las redes sociales, es la historia de una polarización acelerada, marcada por el recurso cada vez más importante a la risa como fermento de un sentimiento de comunidad. Indignarse de las mismas cosas y luego burlarse de aquellos que están en la fuente de esa indignación constituye la racionalidad por defecto del “espacio público” contemporáneo, una racionalidad que encuentra su fuente en la historia misma de la modernidad filosófica occidental, de la que forma de alguna manera su fino vértice al mismo tiempo que su parodia. Vivimos en la era de la racionalidad del escándalo: la era de una razón que en todas las ocasiones de indignación encuentra una manera de afirmar su poder, sin percibir que esa afirmación también marca su límite, su impotencia e incluso, en última instancia, su caída; es decir, como lo sugería Žižek, su inconsistencia. Pero a todas luces se trata de una inconsistencia fuerte, en el sentido de que sus efectos no dejan de hacerse sentir, ya sea en la aversión mutua creciente manifestada por los representantes de todos los campos en presencia como en las consecuencias que una frase desdichada puede acarrear sobre el destino de una persona, ya sea una celebridad o un simple don nadie.⁵ La racionalidad del escándalo es una racionalidad del poder;

5. Para ejemplos, véase Jon Ronson, *La Honte !*, trad. de Fabrice Pointeau, Sonatine, 2017.

es una manera de constituir una palanca potencial con el objeto de alterar si no el curso del mundo, por lo menos el curso de las conversaciones posibles en el mundo, una manera de establecer un reparto efectivo de lo decible y lo indecible, de lo posible y de lo imposible en el espacio del discurso. Para ser más precisos, se trata de una racionalidad de la *polícia*: mediante el recurso a la indignación, se trata de interpelar a aquellos que forman parte del espacio del discurso público (e incluso aquellos que siguen siendo sus espectadores silenciosos) para intimarlos a adaptarse a lo que constituye el modelo correcto del sujeto político, ya sea de uno u otro campo. Tal interpelación, por supuesto, siempre adopta la forma de un reparto: o bien usted es liberal, o bien republicano; o bien es progresista, o bien conservador; o bien revolucionario, o bien reaccionario; o bien de izquierda, o bien de derecha; o bien amable, o bien malvado; y así de seguido, hasta decir basta. Sin embargo, frente a tal reparto, es evidente que no se puede admitir ninguna alternativa.

¿Qué objetar a eso? Probablemente, que es más necesario que nunca responder al llamamiento formulado por Žižek, y tratar de pensar a la vez las articulaciones esenciales de esa racionalidad del escándalo, así como los efectos que esta es susceptible de acarrear en el espacio del discurso público, pero también en lo que este último hace posible. Porque no se trata de una forma de racionalidad aparecida de un día para el otro; por el contrario, posee una larga historia, que encuentra sus raíces en la primera teología cristiana del *skandalon*, y se ramificó hasta el corazón de las ideas en apariencia más fundadas de la modernidad, comenzando por aquella misma de razón. Pensar la policía de la indignación, por consiguiente, requiere proponer una nueva interpretación del papel desempeñado por la razón en la constitución de su poder, que cuestione esa

herencia y ayude a deslindar otro reparto de lo posible y de lo imposible que descansa en una lógica que desista al máximo de esa herencia. Con un poco de suerte, esa otra interpretación de la idea de razón tal vez podría llegar a rechazar el fantasma angustiante de la exigencia de la elección, de la exigencia de la adhesión a un campo cada uno de cuyos miembros lograra pretender que los colores definen lo esencial de su ser y, por contraste, el de los *otros*, que no los comparten. Žižek había mostrado el camino cuando recordó que es imposible disociar el ejercicio de la razón de la forma particular de goce que esta autoriza, y que los *late shows* norteamericanos procuran a todos aquellos que se reconocen en el campo que allí se expresa un goce que es precisamente el del poder. Ese poder puede significarse en pocas palabras: es el de la razón en la medida en que su objetivo no es otro que confirmarse a ella misma, poseerse ella misma; es el de la razón en la medida en que su objetivo no es otro más que *tener razón*, más que desplegar la totalidad del mundo según las coordenadas de su orden y, de ese modo, asignar en él un lugar a cada cosa. El que se escandaliza no se escandaliza sino porque su indignación es susceptible de darle la razón, es decir, de conferirle un lugar elevado en el interior del orden definido por los límites de la racionalidad; no se escandaliza sino porque cree que su indignación hará de él un miembro del campo ganador, cualquiera que fuese esa ganancia. Comprender eso, por lo tanto, es comprender la razón misma.